

Malraux o la mistificación de Occidente

La realidad humana que Malraux describe a lo largo de seis novelas y de una obra ya copiosa sobre la objetivación de la "condición humana", se nos presenta, no como un paso adelante intentado por un hombre de nuestra época, sino como una nueva forma de aceptación, un nuevo modo de evitar los problemas del siglo, de esconder la alienación del hombre. Si Kyo en una China convulsionada necesita activar, comprometerse con su mundo, si Kassner reivindica un "camarada" solitario, sus actitudes son la demostración del fracaso de aquel que quiere "salir". No se sale de un campo de concentración más que para entrar en otro. Se lucha contra el orden establecido para ser vencido por ese orden. La guerra civil española es esto: un inmenso campo de fracasos, fracaso del revolucionario, del fascista, pero sobre todo fracaso del hombre que cree encontrar su trascendencia en la acción. La muerte de Perken en *La voie royale*, esa lenta aproximación, ese lento dejar de ser, última jugada donde en la magia del instante todo se realiza, se trocará en paradigma de lo humano, en el resumen y la superación de la acción: "Cuántos seres, a esta hora, velan cuerpos semejantes?", dice Claude Vanec, mirando morir a Perken. Casi todos estos cuerpos, perdidos en la noche de Europa o en el día del Asia, aplastados ellos también por la vanidad de su vida, llenos de odio por aquellos que, por la mañana, se despertarán... Ah. "Que existan para poder, al precio de penas eternas, aullar como esos perros, que ningún pensamiento divino, ninguna recompensa futura, que nada podrá justificar el fin de una existencia humana..."¹. Ni siquiera la aceptación del hombre como "ser-para-la-muerte". "No hay muerte... Hay solamente... yo... yo... que voy a morir..."². Frente a la disolución Perken se afirma, solo, "Perken miraba a este testigo, extraño como un ser del otro mundo"³. Ya está más allá, en algún otro lado que aísla definitivamente y que sin embargo debemos ganar con nuestra vida para poder cerrar en un instante nuestro inevitable círculo

1 "La voie royale", in *Oeuvres complètes d'André Malraux*, Genève, 1944-1945, 7 volúmenes, Skira, p. 178.

2 Idem, págs. 178-179.

3 Idem, pág. 179.

mágico. En el prefacio a *Temps du mépris*, Malraux escribe: "Es difícil ser un hombre. Pero no lo es más devenirlo profundizando su comunión que cultivando su diferencia —y la primera nutre al menos con tanta fuerza como la segunda aquello por lo cual el hombre es hombre, aquello por lo cual se sobrepasa, crea, inventa o se concibe"⁴. Así el hombre tiene dos posibilidades: o persigue, sólo, como Alvear o Tchen su salvación; o la lucha, la acción con los otros y para los otros le dará esa dimensión que lo aislará de su propio yo, que lo hará trascenderse en la praxis. Y en Malraux esa lucha es lucha para superarse y no para ayudar a los otros. Planteado de tal manera sigue siendo un problema estrictamente personal que se resuelve, o se resolverá en cada individuo aunque para ello necesite de los otros, de la acción con los otros. Dejando de lado la pura subjetividad, la amplía, dándole una base conductista. Y es por eso que Malraux pudo decir de Kassner: "A los ojos de Kassner como de cantidad de intelectuales comunistas, el comunismo restituye al hombre su *fertilidad*. Romano del Imperio, cristiano, soldado del ejército del Rin, obrero soviético, el hombre está ligado a la comunidad que lo rodea; Alejandrino, escritor del siglo XVIII, está separado de ella. Si lo está sin estar ligado a la que lo seguirá, su expresión esencial no puede ser heroica"⁵. De este modo los personajes de Malraux no pueden dejar de comprometerse, pero la acción es considerada como algo más que un medio, es un fin que se recorta sobre un fondo suprahumano: la heroicidad, a la cual aspiran sólo quienes inmersos en la historia, pueden a la vez que ser englobados por ella, modificarla. Sin embargo su actitud será distinta de quienes no juegan únicamente su trascendencia. En toda acción estamos ligados a una finalidad distinta de la anunciada por Malraux, la lucha revolucionaria es la lucha con todos los hombres para todos los hombres; mi yo, mi trascendencia se juega con la de los otros. Kyo muere porque no quiere traicionar a sus camaradas, pero su traición sería ante todo traición en sí, pues "la dignidad es lo contrario de la humillación. Cuando se viene de donde vengo, quiere decir algo"⁶, responde Kyo al policía que lo interroga sobre el porqué de su comunismo. Esta respuesta coloca al héroe de Malraux en el plano de la intersubjetividad, de la relación fraterna que se resuelve en todos y cada uno de los hombres, pero que niega al grupo como tal, que pone *desde* el punto de vista de cada uno la solución de la salvación común. Para Malraux cada ser es el Ser, cada hombre debe ser tomado en sí, hay conjunción entre los hombres, suma de intereses y no comunidad. Así el terrorista es un asceta. Su acto lo coloca en un compartimento estanco y sin embargo

⁴ *Le temps du mépris*, ed. cit., pág. 13.

⁵ *Idem*.

⁶ *La condition humaine*, ed. cit., pág. 269.

unido (por su realización) con los otros. Lo que importa es el acto individual. Tchen sabe que arriesga su vida, pero su vida es el único valor que puede arriesgar y este riesgo está decidido de antemano, pues el terrorista se juega *contra* los otros *por* su trascendencia. Del mismo modo Kyo se suicida en un postrero sobresalto por rescatar su vida, por salvar su cuerpo de las llamas, por ser Kyo Gisors y por *hacerse* Kyo Gisors hasta su muerte. Eliminando hasta el fin la acción de los otros, en un ciclo vida-muerte íntegramente determinado por él, juega su trascendencia y con ella su "expresión esencial", es decir "su heroicidad". El mundo de Malraux se define como una huída de la realidad. Todos sus personajes escapan a ella, aun cuando traten de modificarla. Porque la modificación no será para ellos, su rol es anterior, se coloca en la conjunción de la desesperación y de la humillación. Así la tortura es positiva porque revela en el envilecimiento del torturador la victoria del torturado: Kyo desde el fondo de su prisión, Gabrot atado hasta la muerte a la rueda simbólica de la degradación, recuperan su valor de hombres en el momento en que pierden sus posibilidades humanas. El último momento de la "condición humana" es la negación de la existencia concreta, por eso en toda la obra la sociedad es un marco, la rebelión un fin, la acción la posibilidad de resolver cada problema particular. En todo acto se juega el hombre, se satisface cada hombre. Y nos hallamos ante una situación excepcional: cada hombre es un Absoluto determinado por la indisoluble unión de su vida y su muerte, integrado a una totalidad temporal. El todo del momento presente es España, China, la lucha contra Hitler, lugares donde el mismo Malraux trató de ubicar y resolver su situación de desarraigado.

A esta totalidad temporal Malraux opone un Absoluto con mayúsculas, un absoluto fuera del tiempo, absoluto que se reúne en el *Museo Imaginario*, en las *Voces del Silencio*. Esta actitud parece contraria a la antes esbozada por Malraux, sin embargo no hay tal contradicción, el hombre que se trasciende en la acción adhiere a ese absoluto invisible en lo cotidiano. Se pega al absoluto. Y mientras el hombre está limitado por la contingencia, la obra humana parece más recuperable. Desde las grutas de Altamira hasta los dibujos de Miró toda una búsqueda, una "quête" mística se instaura. De ahí el carácter profundamente reaccionario de la obra de Malraux. El hombre deja de ser humano para unirse a una objetivación de la humanidad, a un mundo de valores seleccionados y conservados por casualidad, donde el sentido de la historia importa poco, porque la historia está fuera del alcance de cada individuo y donde cada individuo recrea el pasado de la humanidad. Tanto en historia como en arte sobresalen islas, Breughel o Juana de Arco, las monedas celtas o las estatuas khmer, De Gaulle o Picasso y es a través de ellas que el hombre se integra. Uno de los trozos más logrados de Malraux es el coloquio de

Les noyers de l'Altenburg, fragmento de novela que nunca terminó, pues ya había abandonado la acción que requiere todo relato en favor del estudio del pasado del hombre; novela que llevaba el curioso título de "La lucha con el ángel". "No somos hombres más que por el pensamiento; pensamos lo que la historia nos deja pensar, y sin duda ella no tiene sentido. Si el mundo tiene un sentido, la muerte debe encontrar su lugar, como en el mundo cristiano; si el destino de la humanidad es una Historia, la muerte forma parte de la vida; sino la vida forma parte de la muerte. Que se lo llame historia o de otro modo, necesitamos un mundo inteligible. Que lo sepamos o no, él, solamente él sacia nuestra necesidad de supervivencia. Si las estructuras mentales desaparecen sin vuelta como el plesiosaurio, si las civilizaciones no son buenas más que para arrojar al hombre al tonel sin fondo de la nada, si la aventura humana no se mantiene más que al precio de una implacable metamorfosis, importa poco que los hombres se transmitan por algunos siglos sus conceptos y sus técnicas: porque el hombre es una casualidad, y, en lo esencial el mundo está hecho de olvido"⁷.

De todos modos el hombre está ahí: "Existe acaso, leía Walter, un dato sobre el cual pueda fundarse la noción de hombre?" Noción que cambia puesto que el hombre cambia, se transforma, puesto que "los estados psíquicos sucesivos de la humanidad son irreductiblemente diferentes, porque no afectan, no cultivan, no comprometen la misma parte del hombre... Un rey cristiano y un rey proto-histórico ligado a los astros no tienen dos ideas del destino: para que el rey cristiano sienta, conciba el destino, es necesario que el mundo psíquico del otro haya desaparecido"⁸. Esa parte del hombre implica necesariamente una naturaleza humana, relativamente modificable, pero una e indivisible en la que se plasman los sucesivos momentos de la realidad. "Aún entre el hindú que cree en el absoluto y en la metempsicosis y el occidental que cree en la patria y en la muerte, el diálogo es falso... El diálogo empieza cuando la India y Europa esclerosan sus estados psíquicos en ideas. ¿Pero qué es la idea de un estado, de un sentimiento, cuando no es el recuerdo de ellos?"⁹. Así las *Voces del Silencio* no son más que el recuerdo de formas e ideas, recuerdo que los hombres guardan celosamente porque sólo a partir de ellas pueden concebirse: "Menos los hombres participan de su civilización y más se parecen, ... pero menos participan más se desvanen... Se puede concebir una permanencia del hombre, pero es una permanencia en la nada"¹⁰. De todos modos Malraux necesita afirmar para el hombre la obra del hombre, y esencialmente esa obra es la civi-

⁷ *La lutte avec l'ange*: "Les noyers de l'Altenburg", ed. cit., p. 99.

⁸ Idem, pág. 108.

⁹ Idem.

¹⁰ Idem, pág. 101.

lización occidental, la única que posee la idea de muerte. Ya lo decía en su primer libro, *La tentation de l'Occident*, al oponer en un diálogo de culturas el oriental al occidental. La muerte es el último grado de la ascesis del hombre, lo que lo une en un absoluto fundamental, lo que descubre el tiempo y a través del tiempo, la realidad.

Sucesivamente Malraux ha recorrido todas las fases de su búsqueda, las palabras claves: 'fraternidad', 'camarada', 'absoluto', 'apocalipsis', 'metamorfosis'; las peregrinaciones: China, Indochina, España, son los jalones de este camino recto e infinito. Por eso él mismo considera la lucha del proletariado como "un instante de la historia" y trata de encontrar en él "como el símbolo social de una humillación metafísica", según palabras de Gaëtan Picon, a las que acota: "Es el problema banal de todos aquellos que han combatido junto a los comunistas por ética (como de 1941 a 1944 por patriotismo)"¹¹, pues Malraux, es aquel que dejando de lado los burdos problemas económicos y sociales "trata de dar conciencia a los hombres de la grandeza que ignoran en ellos"¹². Esa grandeza fue en un momento la lucha de clases, en otro De Gaulle. Y es lo que hace penetrar al General en esa búsqueda del absoluto del mismo modo mágico que la revolución o la guerra civil. Y es lo que le ha hecho decir en Buenos Aires que Francia es "la nación que ha sido grande cuando ha ayudado a las demás: la Francia de Carlomagno, de la Revolución y de la Resistencia, esa Francia que hoy marcha hacia el mundo del mañana, hacia la nueva civilización, con una llaga en su costado, pero con la frente alta"¹³. Esa llaga es Argelia, la Argelia que Malraux como De Gaulle reducen a un problema local, perdido en el horizonte místico de la buena voluntad: "Si Francia abandonara Argelia no sólo abandonaría a los 800.000 franceses que allí viven, sino, principalmente, a la población musulmana"¹⁴. Siendo Francia esencialmente el país de la libertad, toda iniciativa gestada a sus espaldas estará irremediabilmente teñida por la contingencia. En el mundo de ideas absolutas donde se mueve Malraux, en esa lasitud frente a sus obligaciones electorales en que se ha sumido el pueblo francés, en ese entregarse a inmensas palabras huecas, hay una huida desesperada. En Malraux esa huida es metafísica y señala una dimensión del hombre por la que de hecho deja de lado la realidad concreta. Pero la metafísica no puede ser, en nuestro mundo, una simple especulación, se plantea para Malraux como un enfrentamiento con la realidad y como la superación de ese enfrentamiento. Por desgracia tal situación arrastra o a una aceptación del mundo exterior, o a una modificación en el individuo y no *para* los demás.

¹¹ In, *Malraux par lui-même*, presentado por Gaëtan Picon, pág. 96, ed. du Seuil.

¹² *Le temps du mépris*, pág. 12.

¹³ y ¹⁴ *La Nación*, 8 de septiembre de 1959.

Este dejar atrás lo concreto, lo real en pro de un mundo de abstracciones, de conceptos estáticos, transforma a Malraux, el comensal de Victoria Ocampo (después de otro ilustre místico: Lanza del Vasto), en una nueva especie de santo laico, de apóstol de la "fraternidad" para quien el hambre y la opresión serían necesarios para realizar la trascendencia.

El círculo se cierra: de la *Tentación de Occidente* y de la salvación personal a la justificación de la explotación y a la traición al hombre por la mistificación del Occidente.